Filosofía y filosofar

Dinu Garber

I

Intento reflexionar sobre la formación de los candidatos a filósofos. Es mi respuesta a Nelson Freitas cuando me invitó a exponer mis opiniones acerca de la factibilidad de que los egresados de nuestras instituciones se ocupen en alguna medida del aquí y el ahora —de los problemas de nuestra sociedad, por ejemplo—. Puesto que estoy convencido de que no es la filosofía la que ha de ocuparse de esto o de aquello, sino más bien los filósofos, si lo creen oportuno, y, en segundo lugar, de que toda filosofía digna de tal nombre tiene por objeto primordial a la realidad en sus múltiples aspectos, lo que diré a continuación tendrá que ver, primero, con la idea de formar con vistas al *filosofar* y, segundo, con la imbricación entre el filosofar en cada caso y la filosofía.

II

Empezaré con algunas negaciones que espero ir justificando a lo largo de mi exposición

No creo que diseñar cursos sobre metodología en general, o acerca de algunos procedimientos lógicos con el fin de "enseñar a razonar" o "enseñar a pensar", como frecuentemente se los califica, o multiplicando los cursos de historia de la filosofía tradicionales, contribuyan mayormente a la formación de filósofos.

Estoy lejos, claro está, de pensar que sea superfluo cuidar la coherencia, la consistencia o la vinculación de las partes de un discurso en un todo, o prestar atención a las formas lingüísticas y lógicas en la elaboración y comunicación filosófica. Va de suyo que en ausencia de estos aspectos no cabría siquiera referirse a una labor intelectual. Pero el énfasis que frecuentemente se hace en los aspectos meramente formales del método, o en la insistencia en su suficiencia sin la consideración en cada caso del

contenido sobre la que se ha de aplicar es, creo, un ejercicio en última instancia estéril.

Me explico. La etimología de la palabra "método" destaca la idea de un camino conducente a un término o a una meta. Si el camino escogido es el adecuado, entonces, se dice, seremos conducidos a nuestro objetivo rápida, fácil y eficientemente. No obstante, es importante caer en cuenta de que estas posibles virtudes del método sólo las podremos constatar por los resultados efectivamente obtenidos, lo que sólo será factible posteriormente a su aplicación, pero no antes. De allí que no puede haber una propuesta metodológica genérica *a priori*, es decir, independiente y anterior a su uso y evaluación. Es cierto que en no pocos ámbitos cognoscitivos, una vez valoradas las virtudes de un método específico, sabremos lo que puede esperarse de él en casos similares, y también se abrirá la posibilidad de introducir correctivos o modificaciones, sobre todo cuando se pretenda ampliar su uso, si es el caso, en lo que respecta a la búsqueda de objetos de análogo género. Sin embargo, la factibilidad de tales operaciones dependerá en gran medida de la homogeneidad, continuidad y progresividad del cuerpo cognoscitivo en cuestión, lo que puede comprobarse sin mucha dificultad en el caso de las ciencias: el estado del saber de un sector de la física o de la biología, por ejemplo, depende de los últimos hallazgos obtenidos —y no otros—, así como de su aceptación y uso por las respectivas comunidades de físicos y biólogos. Paralelamente, el o los métodos se irán modificando, o incluso rechazando, según lo exija dicho estado.

Pero no sucede así con el conocimiento filosófico. Su evolución es diferente y no se corresponde a un proceso acumulativo y progresivo como el que encontramos en las ciencias, sea en el todo o en sus partes durante periodos temporales relativamente prolongados. Por ende, tampoco cabe, en rigor, referirse a un "*estado actual* del saber filosófico", entre otras razones porque no hay cómo determinar tal saber concebido como un todo y, en consecuencia, no cabe hablar de "su estado", pues en ningún momento existe como unidad cognoscitiva con características y procedimientos específicos más o menos estables y admitidos universalmente por una

comunidad que las asume y practica. Por esto mismo tampoco cabe hablar de *un* método filosófico. Promoverlo, como se hace con frecuencia, amén de arbitrario, llevaría a proponer un camino supuestamente transitado por todos cuando en verdad sólo es recorrido por uno o unos pocos —por el filósofo que lo emplea y los que lo siguen—. De allí que la pretensión de enseñar *un método filosófico general* es, gústenos o no, un sinsentido: se trataría de promover un camino que, una vez transitado, se hace inútil. Más adelante volveré sobre esto.

Algo análogo respecto a la historia del saber filosófico. Debido precisamente a su referida falta de homogeneidad y continuidad, lo que la historia de la filosofía exhibe es una sucesión de individuos que han filosofado o, quizá mejor, cuyo quehacer la tradición ha calificado como "filosófico", lo que supone, sin duda, una anomalía si se lo compara con otros saberes. Para la mayoría de éstos, en especial los científicos, el conocimiento de su historia no es decisivo ni ilustra mayormente acerca de su contenido, o al menos lo que a los científicos les importa respecto a dicho contenido, pues esa historia ya contiene implícitamente el estado actual del saber en cuestión—razón por la cual son tan escasas las referencias históricas que se encuentran en los manuales destinados a los estudiantes, pues añaden muy poco, si es que añaden algo, al saber en cada caso—. La filosofía, en cambio, pareciera, según opinión de muchos, reducirse a su historia, lo que sin duda es la causa del preponderante papel que por lo general se le asigna en los *pensa* de estudios. Pero esta consideración, pienso, implica una grave distorsión, pues dicha historia, en tanto historia de un cuerpo unitario de saber, que es lo que supone con ella, debería ser el recuento del proceso constructivo y progresivo por el cual la filosofía se constituiría en un todo cognoscitivo homogéneo. Sin embargo lo que efectivamente dicha historia narra no es sino la sucesión temporal de los pensamientos particulares de los filósofos. De allí que una descripción convincente de filosofía debería asentar, creo, que ella es lo que los filósofos hacen en cada caso; ni más ni menos. Y lo que los filósofos hacen en cada caso no remite a *la* filosofía, sino más bien a *una* filosofía, la que precisamente elaboran o hacen en cada caso. En consecuencia, *la* filosofía

entendida como un cuerpo cognoscitivo homogéneo, unitario y acumulativo no existe; sirva esto también para justificar mi duda acerca del valor formativo que puedan tener los cursos tradicionales de historia de la filosofía que, por lo general, promueven una unidad y una continuidad que pareciera encontrarse prioritariamente en la mente de sus proponentes.

III

Pocos, a mi juicio, entendieron esta peculiaridad de la filosofía y se han detenido en sus consecuencias en lo que respecta a la formación del filósofo como Kant, por lo que quisiera aludir a algunas de las observaciones que hace al respecto.

Apuntaba, por ejemplo, en la descripción de los cursos que ofrecía para el semestre de invierno 1765-66 que

> […] para aprender filosofía tendrá que haber antes que nada una cualquiera. Debería poder mostrarse un libro y decir: "ved, aquí está la sabiduría y el conocimiento confiable; aprended a comprender y a captarlos; construid después sobre ellos y sed filósofos". (*Ak.-Ausgabe*, II, 307).

Pero, como no existe tal "libro", no hay dónde aprender, como sería el caso del estudiante de física, por ejemplo, y, por lo mismo, tampoco existe un soporte sobre el cual "edificar".

En otro pasaje —de la Introducción a las *Lecciones de lógica*— se resalta la discontinuidad de la filosofía y lo que la causa:

> ¿Cómo se podría aprender propiamente filosofía? Todo pensador filósofo construye, por así decirlo, su propia obra sobre las ruinas de otra.

Y al constatar que las construcciones surgidas a partir de estas ruinas no corren con mejor suerte, Kant concluye:

> […] por este motivo no se puede aprender filosofía, porque no ha existido nunca. (Ak.-Ausgabe, IX, 25)

Por esto el conocido *dictum* que aparece en la *Crítica de la razón pura*:

> […] pues, ¿dónde está [la filosofía], quién la posee y en qué la podemos reconocer? Sólo se puede aprender a filosofar (A838, B866).

Tengámoslo, pues, presente para lo que sigue: no hay filosofía que enseñar, sólo se puede aprender a filosofar.

Un par de páginas antes de donde aparece el pasaje de la *Crítica* recién citado, Kant se pregunta, para no dejar ninguna posibilidad de lado, si no bastaría con aprender y adherirnos a un pensamiento filosófico existente que nos parezca convincente, y llamar a tal actividad "filosofar", esto es, una con principios, ideas y razones de otro. Pero esta alternativa es igualmente rechazada:

> Quien haya *aprendido*, en sentido propio, un sistema de filosofía, el de Wolf, por ejemplo…, por más que sepa de memoria todos sus principios…, y por más que sepa enumerarlo todo al dedillo, no poseería de la filosofía de Wolf, sino un conocimiento histórico…. Sabe juzgar sólo en la medida de lo que le ha sido dado…. Se ha formado a la luz de una razón ajena, pero la facultad imitadora no es una facultad productiva. (A836, B864)

Kant niega, por lo tanto, que el filosofar se reduzca a seguir a pies juntillas el pensamiento aprendido de algún filósofo —incluso niega que se pueda tildar como filosófico a tal conocimiento: lo denomina "histórico"—. Se trataría, en el mejor de los casos, de recluirse en y satisfacerse con el conocimiento de lo pensado por otro, lo que implicaría, entre otras cosas, reducir la formación del filósofo al aprendizaje y sujeción a un determinado pensamiento; que es diferente, claro está, a cuando es la propia actividad, el pensar propio, quien, quizá en el caso más extremo, conduce a principios y conclusiones análogas a las del otro. Se trataría en este caso de un filosofar carente de originalidad, pero no creo que es ésta una condición necesaria del quehacer filosófico legítimo. Lo que sí le es inherente es que no sea el pensar de otro o, en palabras de Kant, que no sea "imitativo". Parecería, entonces, que un rasgo esencial del filosofar es la autonomía y la independencia de quien lo ejerce.

IV

Pero, ¿cómo alcanzar esta autonomía e independencia? Me pronuncio por la respuesta promovida por el filósofo de Königsberg, a saber, *aprendiendo a filosofar*. Y este oficio sólo lo puede enseñar quien lo conoce y practica, es decir, un auténtico filósofo; y quien quiera aprenderlo ha de

buscar a un filósofo como maestro. Pareciera entonces que alcanzar la independencia requerida por el filosofar demanda, aunque parezca ser una paradoja, un proceso inicial de dependencia y sujeción a un maestro. Y pienso, como sucede con el aprendizaje de todo oficio, que así es.

Ahora bien, ¿Cómo buscar y dónde encontrar a tal maestro?

Es patente que muy pocos han tenido la suerte de ser, por ejemplo, alumnos de Kant, o acompañar a Aristóteles en sus caminatas para oírlo; o, más recientemente, participar en los seminarios de Heidegger en Marburgo y Friburgo, o en los de Wittgenstein en Cambridge. No es, sin embargo, la presencia física del maestro una condición necesaria y suficiente para el aprendizaje del quehacer filosófico, como sí sucede con el aprendizaje de otros quehaceres —después de todo, alguna ventaja hemos de tener los aprendices de filosofía—.

En primer lugar, porque, de hecho, es muy poco frecuente que los que tuvieron esa oportunidad alcanzaron la talla filosófica de sus maestros. No se trata, pues, de un condición suficiente. También puede constatarse que muchos filósofos que tuvieron una gran influencia, incluso sobre sus contemporáneos, no fueron docentes —piénsese en Sócrates, Descartes, Spinoza, Leibniz, o Hume, para mencionar a unos pocos—. Tampoco puede dejarse de lado que a no pocos filósofos, que incluso se ganaban la vida enseñando, les disgustaba la docencia y cuando la ejercían no eran precisamente un modelo en su ejercicio —Wittgenstein, por ejemplo—; y otros, aún siendo buenos docentes, como fue el caso de Kant, se sentían frustrados porque pensaban que podían ser más fructíferos invirtiendo ese tiempo en sus investigaciones. También son relativamente frecuentes los casos en que, por muy diversos motivos, el auténtico filosofar del maestro ni siquiera era ejercido en el aula frente a los estudiantes, y de nuevo se viene a la mente el caso de Kant. Lo que quiero destacar es que la presencia del maestro, o el intercambio directo con él, si bien puede ser a veces estimulante, no es determinante, y a veces ni siquiera provechoso en cuanto a la enseñanza del oficio de filosofar. En fin, que la presencia física del maestro filósofo tampoco es una condición necesaria.

De cualquier manera, hay alternativas, y lo relevante es que podemos procurarnos un gran maestro sin tener que coincidir en tiempo y espacio con alguno. Lo que tengo en mente es algo sencillo y obvio: elegir a cualquiera de los muchos nombres que hacen vida en los manuales de historia de la filosofía, que es casi en lo único en lo que coinciden sus autores. Ni siquiera, si se tiene presente el objetivo que se persigue, creo que tenga mayor importancia por cuál se opte, hasta el punto de que podría ser uno cuyas ideas ni siquiera se compartan. Lo que sí es imprescindible, sea cual fuese la selección, es no ver al maestro como a una pieza de museo, que es lamentablemente el destino trágico de los que adquieren el *status* de personajes históricos, filósofos incluidos. Más que como ante alguien venerable y lejano, es preciso acercarse el maestro, como lo hace todo aprendiz inteligente, con un propósito fundamental en mente: sonsacarle su manera y forma de ejercer el oficio en el cual es maestro. En nuestro caso esto involucraría, entre otras cosas, familiarizarse con su pensar hasta el grado de convertir al maestro en un interlocutor cotidiano: alguien a quien preguntamos hasta ponerlo en la situación de contestar aun sobre aquello que no se encuentra contestado en lo que piensa y escribe, alguien con quien discutimos, incluso acaloradamente, a quien porfiamos, a quien pedimos que nos explique, a través de nuestra propia explicación, por qué lo que pensó fue pensado de la manera como está pensado y no de las otras muchas en que aparentemente pudo haberlo hecho, a quien, en fin, exponemos nuestros pensamientos y de quien esperamos que los examine, critique y evalúe para obligarnos, obligándonos, *haciéndolo*, a hacerlo mejor o de otra manera.

En resumen, lo que propongo, que irremediablemente tomará tiempo y esfuerzo, muchísimo tiempo y, sin duda, un gran esfuerzo, es algo que podría llevar, sin garantía alguna, claro está, al filosofar por medio de la convivencia con un quehacer filosófico auténtico.

Sin embargo, no es lo largo o lo arduo del proceso lo que determinará el éxito, entre otras cosas porque deberá tenerse presente que se trata solamente de *una etapa*, de un mero primer estadio, hacia el filosofar como

quehacer propio, si efectivamente éste es factible para quien lo intenta. Hacerlo permitirá comprender que lo que se busca no es convertirse en un experto en el pensamiento del maestro-filósofo en cuestión, o en el periodo histórico durante el cual desarrolló su labor, aunque muy probablemente esto sucederá y permitirá a algunos ganarse la vida como profesores en algún departamento de filosofía — que ciertamente no es nada despreciable—, pero que, por sí solo, no es filosofar, ni llevará a él. No se trata, por ende, de un ejercicio con el fin de adquirir erudición, no importa cuán ilustrado o sofisticado sea lo que se obtenga. Se busca, y permítanme insistir en ello, aprender en vivo un quehacer o, mejor aún, sumergirse en la experiencia de un quehacer, en este caso el del maestro, con el fin de concebir en qué consiste y poder así sembrar la semilla del quehacer propio. Esto requerirá un continuo preguntarse y responderse en torno *al modo de hacer* del maestro y acerca *del por qué de ese hacer así y no de otra manera*; en fin, como debe hacerlo un aprendiz que sabe lo que busca, no parar de preguntar y responderse en ocasión del hacer o dejar de hacer del maestro.

Se busca, en última instancia, asumir la experiencia de un quehacer de otro con la intención de acceder a uno propio del mismo género para ejercerlo por sí mismo, *si* se posee el talento y la capacidad para ello. De allí que quizá no deba siquiera verse este proceso como un "aprendizaje"; es, más bien, pasar de la experiencia del quehacer del maestro al quehacer propio —a *mí quehacer* en cada caso—. De no ser así, si de lo que nos hemos apropiado es del resultado del quehacer *del* maestro, entonces estaremos en presencia de la imitación y, de suceder, sería el signo de un esfuerzo seguramente grande, pero estéril en tanto gestión en procura del filosofar. Lo que ha de buscarse, por ende, no es copiar el hacer del maestro, mucho menos del contenido de tal hacer, sino hacer lo análogo, *mutatis mutandi* a dicho hacer.

Ahora bien, ¿qué significa en este contexto "hacer propio", "hacer algo análogo"?

Antes que nada, ya se ha dicho, un esfuerzo para hacer filosofía *a la manera del maestro*. Lo que deberemos asumir no es su estilo, o la lista de los temas y problemas de los que se ocupó, y mucho menos las propuestas

que en vista de ellos exploró o promovió. Lo que nos debería haber enseñado, y nosotros aprendido es, más bien, que hemos de plantearnos los problemas que *nuestra* realidad nos propone, análogamente a como él se planteó los problemas que *su* realidad le presentaba. Deberíamos haber aprendido a ingeniarnos, tal como lo hizo él en su oportunidad, a descubrir las maneras convenientes de abordarlos, analizarlos, discutirlos o dilucidarlos. Y si de esto se trata, nos encontraremos en las antípodas de la imitación —la que practican las curiosas, si no lamentables, caricaturas que hacen vida a ambos lados de las cátedras, que pretenden personificar a los Aristóteles o Kant, a los Heidegger o Wittgenstein, e incluso asumen el curioso papel de convertirse en sus defensores, como si alguien lo solicitara, o como si éstos lo requirieran—.

IV.

En vista de lo dicho me permitiré arriesgar ahora algunas observaciones sobre la filosofía misma.

Ella no es, puesto que su quehacer a lo largo del tiempo lo refuta, *pilosophia perennis*, filosofía atemporal y sin ubicación, es decir, una que supuestamente apunta a lo inamovible y permanente, e incluso a lo eterno. Si así fuera, como algunos la conciben, habría que considerarla, siguiendo a Kant, como inexistente. Esto responde en parte, espero, a la pregunta inicial que dio pie a mi intervención: que todo filosofar consiste en ocuparse, con el rigor y generalidad requerida, de la realidad de quien lo intenta, tal como se presenta en sus diversas perspectivas y facetas.

En consecuencia, lo que se constituiría, a mi juicio, en la lección más valiosa de la convivencia con el maestro es que los problemas y preguntas que cabe plantear filosóficamente son las sugeridas al filósofo por *su* realidad, valga decir, por el mundo concreto dentro del cual está inmerso y desde el cual vive individual y colectivamente. De modo que quien hace filosofía en sentido estricto —como quehacer radical— no sólo no debe imitar a nadie, como nos enseña Kant, sino que ha de comprender que tampoco puede hacerlo. La razón salta a la vista: si la realidad —que es el objeto filosófico estricto— es fundamentalmente cambio y transformación, entonces

las preguntas que se le dirigen así como las respuestas que cabrá encontrar serán siempre y necesariamente diferentes, serán siempre otras. Sucede que el genuino filosofar consiste irremediablemente en un constante volver a empezar: un enfrentarse a lo que siempre es por esencia otro. Es, si se me permite decirlo de esta manera, una sucesiva encarnación de Sísifo empujando la roca a una cumbre que constantemente se desplaza transformándose y que, por ello mismo, exige siempre que se intente de nuevo sin jamás alcanzarla. Pero no hay nada trágico en ello: es el reconocimiento, y también la celebración, del constante renacer de la realidad que como seres humanos creamos en gran parte, así como la de la correlativa pretensión filosófica de describirla y comprenderla.

El aprendizaje del filosofar entendido en estos términos es, entonces, un recordatorio de que cada ser humano, y el filósofo por vocación y necesidad, es un ser de su tiempo y que, por ello mismo, ha de comprender que su mundo será necesariamente diferente a cualquier otro. Es patente, entonces, que cualquier pregunta que le dirijamos, así como las posibles respuestas que obtengamos, aun cuando puedan parecer iguales a las de algún otro momento, no lo serán: ni el objeto de la pregunta, ni la respuesta, si se trata de genuinas preguntas y respuestas filosóficas, podrán ser las mismas. De allí que no quepa hablar de un método filosófico *en general*. Es por esto también que toda lectura de un texto filosófico no sólo es interpretación, sino también, y sobre todo, "re-escritura", o quizá mejor, *reinicio*.

V

Para terminar, me permitiré unas muy pocas y breves consideraciones de orden práctico.

Cuando afirmaba que era "fácil" escoger a un maestro filósofo lo hice porque era una manera de decir que cualquiera de los que incluye un manual de historia serviría para el propósito. Sin embargo, habrá que tener al menos presente dos condiciones que sin duda deberán de servir como criterios de selección: una, tener asegurado el acceso continuo a una edición crítica, admitida y reconocida de las obra del pensador en cuestión; la otra, poseer un dominio suficiente del idioma o idiomas en los que se expresó,

pues es manifiesto que si hemos de conversar y discutir asiduamente con el maestro, hemos de contar con la edición más fiel posible de su pensamiento, y lo menos que podemos hacer es dejar que hable, y nosotros entenderlo, en su propio idioma.

En segundo lugar, es evidente que el aprendizaje del filosofar requerirá de una formación humanística bien asentada: me refiero a aspectos como el manejo satisfactorio del propio idioma, tanto escrito como oral; poseer un léxico filosófico adecuado, suficiente e históricamente contextualizado; una cultura científica básica, pero significativa; una información histórica general sólida; ser razonablemente competente en la lectura e interpretación de textos filosóficos; y para no alargarlo, dominar suficientemente los instrumentos, habilidades y conocimientos que ayuden y estimulen una convivencia fructífera con el maestro filósofo.

Lamentablemente, lo sabemos y no debemos engañarnos al respecto, estos aspectos, no constituyen el bagaje usual de nuestros bachilleres. Tampoco de quienes se acercan a los estudios filosóficos poseyendo títulos académicos en otras áreas del conocimiento. Tal situación me lleva a pensar que los estudios de pregrado, o los programas de nivelación que ofrecen nuestras instituciones a los que poseen un grado universitario previo, deberían orientarse primordial y preferentemente a suplir eficientemente estas lagunas, lo que permitiría que los estudios de postgrado se orientaran fundamentalmente a la formación para el filosofar en los términos planteados.

En tercer lugar, vistos así los estudios de postgrado, su organización sería relativamente sencilla, dado que bastaría un profesor-tutor con la suficiente experiencia en el filósofo escogido por el estudiante, cuyo principal papel sería orientar y aconsejar a los estudiantes —una disponibilidad que ciertamente debería constituirse también en un criterio importante para decidir acerca de la institución en la cual cursar el postgrado—.

De cualquier modo, y con esto finalizo, no deberá perderse de vista que la posibilidad efectiva del filosofar tiene poco que ver con la obtención de un diploma, no importa cuán afamada sea la universidad que lo otorga.

Dependerá en última instancia de la capacidad, esfuerzo, talento, intereses, propósitos y oportunidades de cada quien.